

Soledad

Por: Gentleman 

1

La ventana de Domingo era la única iluminada a esa altura de la noche.

Al ser un barrio constituido mayoritariamente por ancianos, como el mismo Domingo, y trabajadores, usualmente la última luz siempre se apagaba a la medianoche, a veces unos minutos antes, a veces unos minutos después.

Pero eran las tres de la mañana, y Domingo no podía dormir, ya que estaba terminando los preparativos de esa noche.

Su última noche.

Hacía varias horas que se hallaba sentado frente a la mesa de la cocina. Sobre ésta, había cuatro cosas: una pila de papeles en blanco; un bolígrafo azul de trazo fino; una taza de té de manzanilla ya consumido, cuyo saquito se hallaba flotando en el poco líquido que restaba en el fondo; y, por último, más cerca del centro de la mesa, un florero que contenía la flor katarameno.

Por enésima vez, Domingo despegó la vista del papel para clavarla en los hipnóticos pétalos de la flor, y por enésima vez se acarició involuntariamente la palma de la mano derecha. Más precisamente, el pequeño bulto que sobresalía en el centro de ésta, arrastrando sus yemas sobre la costra de sangre seca que se había formado en su centro.

Detrás de él había numerosos papeles arrugados, restos de lo que quiso ser su última carta al mundo. Las había desechado por un único y simple motivo: no hallaba las palabras justas para expresar lo que sentía. Y al llegar a un punto en el cual no sabía qué escribir, consideraba que toda la carta debía ser desechada. Era extraño: deseaba hacerla de una sola vez, sin detenerse a repensar en lo que estaba escribiendo. Consideraba que la primera escritura siempre era la más sincera, porque volcaba en palabras exactamente lo que sentía su corazón, sin detenerse a pensar si era conveniente o no escribirlo, o si le gustaba o no la manera en la que estaba escrito.

Ya había dejado preparada la carta que estaba dirigida a su hijo. Comparando lo que le estaba costando esa nota de despedida al mundo, la que le escribió a su hijo había sido ridículamente sencilla. Al pensar en esto, Domingo arrastró una mano por su frente, con cierto pesar. *Y, la verdad...*

Espió por encima de su hombro para ver la cantidad de bollos de papel que tenía a sus espaldas. Eran doce en total. Algunos sólo tenían un par de renglones escritos, mientras que a otros les faltaba poco para llenar las dos carillas.

Volvió a sujetar el bolígrafo lánguidamente y acercó la punta al papel, pensando con cuidado cómo podría comenzar. Usualmente, la parte más complicada siempre era el comienzo. Si lograba completar los primeros párrafos, el resto del escrito salía naturalmente. Así lo había comprobado en las numerosas cartas que le había escrito a Inés en su juventud.

Inés...

Recordó sus años de adolescencia, donde las únicas preocupaciones que tenía eran el estudio y el amor. Esa clase de amor que sólo se puede experimentar a esa edad, en donde lo más importante es la felicidad de la otra persona.

Involuntariamente, volvió a tocarse el pequeño bulto en su mano. Una pequeña sonrisa se dibujó en su rostro. *Ya voy, Inés...*

Sujetó con firmeza el bolígrafo y comenzó a escribir, con más resolución que ideas.

Esta noche voy a morir, y me resulta curioso lo poco que me importa.

No es que sea una impresión mía. Quiero decir, hoy a la tarde tuve ciertas sospechas de eso, pero finalmente, si la persona con la que hablé no me mintió, éste es mi último día en la tierra.

Creo que debería poner un poco de contexto, principalmente para quien encuentre esta nota y no sepa nada de mí. Soy Domingo Santos, viudo, casi setenta años, y con un hijo como único familiar, que en este momento se encuentra trabajando en Alemania, por lo que prácticamente no lo veo.

Esta mañana, como hago todos los miércoles, fui a visitar la tumba de Inés, mi difunta esposa. Llevaba conmigo la bolsa con los implementos necesarios para hacer el “mantenimiento” de siempre: quitar el polvo, las telarañas, cambiarle el agua a las flores, y de paso renovarlas si hace falta. Esto último, usualmente, siempre significaba un segundo viaje para ir a la florería que queda a poca distancia del cementerio. No soy muy amante de las flores de tela. Aunque reconozco que son prácticas, palidecen en cuanto a belleza si se las compara con las flores reales. Por otro lado, tampoco me gusta comprarlas de antemano, porque si las flores de la semana pasada aún resisten, me da lástima desperdiciarlas. Además, no me gusta colocar las viejas con las nuevas, porque nunca compro las mismas flores, y el contraste entre ambos tipos puede generar una amalgama abigarrada que no quedaría bien. Sí, sé que estamos hablando de una tumba, y que lo que en realidad importa es el gesto que se tiene con la persona fallecida, pero supongo que soy un anciano cabeza dura que está muy viejo para cambiar sus maneras y costumbres.

Excepto que esta vez, sí las cambié. Y eso representó el comienzo de mi fin.

En la entrada del cementerio, había una mujer muy entrada en años. Aunque no podría precisar su edad, bastará con decir que incluso a mí me pareció demasiado vieja. Su cabello, blanco como la leche, caía a los lados de un rostro cubierto de arrugas. La edad había entrecerrado sus ojos, y de su boca no parecía asomar ni un sólo diente. Su ropa, en extremo holgada, parecía esconder un cuerpo frágil, y me dio la impresión de que no le brindaba la protección necesaria para enfrentar el frío matutino.

De su brazo colgaba una canasta de mimbre de considerable tamaño, y dentro de ésta tenía todo tipo de flores imaginables. Había rosas, claveles, pensamientos, violetas y tulipanes, entre otras.

Como estaba parada en el medio de la entrada, no tuve más remedio que pasar a su lado. La saludé con un corto cabeceo, con la intención de entrar al cementerio y salir sin tener más contacto que ése, pero ella, viendo seguramente a un potencial cliente, se me acercó con rapidez, mientras me decía con un hilo de voz:

—¿Me compra unas flores, don? Por favor, que todavía no vendí nada, y necesito comer algo —sus palabras llegaron acompañadas por la mezcla de aromas que emergía de la canasta

La miré con cierta lástima. Si tuviera que juzgar por la flaqueza de sus extremidades, diría que llevaba varios días comiendo muy poco, apenas lo justo para sobrevivir un día más. Estaba sorprendido de que pudiera sostener la canasta tan firmemente.

Accedí a su pedido y le dije que me diera media docena de rosas, que si mal no recordaba era la flor que había colocado la semana pasada. Mi intención era, ya que debía comprar las flores antes de entrar, comprar las mismas por una única vez, a fin de no tener que desperdiciar las otras si aún tenían buen color.

Para mi sorpresa, ella respondió:

—Creo que ésta le gustará más.

Escarbó con su mano huesuda en el interior de la canasta, en la parte más frondosa de la misma, y extrajo una flor muy extraña. Una que nunca había visto en mi vida, y cuya gran belleza la hacía contrastar con el resto. La disposición de sus pétalos era similar a la de un clavel, aunque los del centro estaban un poco más abiertos. Y el color... O mejor dicho los colores, eran hermosos. Se entremezclaban los pétalos rojos con azules, verdes, amarillos y púrpuras.

–Deben estar muy caras... –comenté. Sinceramente, me pareció tan hermosa no me hubiera importado pagar de más por la media docena.

–No, don. Su precio es el mismo que el de las rosas. Y éstas además tienen un perfume... Huela, huelo.

Me extendió la flor, sujetándola suavemente con la punta de sus dedos, y yo acerqué mi nariz. Inmediatamente, ésta fue anegada por un aroma dulce, mas no empalagoso. Si tuviera que describirlo, diría que era un olor similar a la vainilla, pero con un toque extraño, notas de un segundo aroma que la hacía más irresistibles de lo que ya era.

–Está bien, me llevo media docena –saqué mi billetera–. ¿Tiene?

–Por supuesto. Me quedan siete.

Le pregunté cuánto costaban, y me sorprendí por el precio que me dio. Me parecieron ridículamente baratas, mas no dije nada. Después de todo, ella sabía a cuánto las compraba y a cuánto debía venderlas.

–¿Cómo se llama? –inquirí, mientras comenzaba a sacar los billetes–. Me refiero a la flor.

–Katarameno.

–¿Cómo?

Repitió el nombre lentamente, separándolo en sílabas.

–Nunca lo había oído. Es más, nunca las había visto antes.

–Es que no son fáciles de cultivar. Crecen muy lento, y mueren muy fácilmente.

¿Y las vende tan baratas? Pensé. Había una intrigante aura de misterio en torno a esa señora y las flores, pero la verdad no deseaba prolongar más la conversación. El viento matutino me congelaba las orejas y la punta de la nariz. Por lo menos, dentro del cementerio, los altos muros me brindaban algo de protección.

Ella, a su vez, estaba comenzando a tiritar por el frío. La brisa embolsaba su ropa y, seguramente, la atravesaba con facilidad.

Finalmente, encontró las siete flores y me las extendió. Le hice notar el error de que me estaba dando una de más, a lo que ella le restó importancia, diciéndome que una iba de regalo. Por mi parte, saqué otro billete y lo agregué al monto final, diciéndole que ése también iba de regalo, lo que le arrancó una pequeña sonrisa.

Y allí fue que, sin saberlo, empujé la primera pieza de dominó.

Debo admitir que, para lo delicada que parecían las flores, cerré los dedos con demasiada fuerza, y de inmediato comprendí mi error, porque sentí en el centro de mi mano una fuerte punzada que recorrió todo mi brazo, haciendo que casi suelte las flores.

–No las apriete tanto, don –me advirtió, demasiado tarde–. Mire que el tallo tiene espinas.

Y, aunque de lejos no pude ver nada, al colocarlas a un palmo de mis ojos pude ver unas finas hebras que emergían del tallo, como si fueran las espinas que crecen en las tunas de los cactus. Claro está, no lo noté a la primera.

Arrastré mi palma dolorida por el pantalón, a fin de limpiarla de cualquier posible espina que haya quedado superficialmente clavada, pagué las flores, le di las gracias a la anciana, e ingresé al cementerio, acercando de vez en cuando las flores a mi nariz, con la intención de percibir ese aroma tan delicioso. La sensación punzante de mi mano se había ido, así que concluí que la espina apenas había logrado atravesar mi piel, mas no mi carne.

La tumba de Inés se halla a pocos metros de la entrada del cementerio, y es, por lejos, la más cuidada de todas. Contrasta enormemente con las telarañas, mugre y moho que tienen las demás. Incluso la pequeña placa de cobre está tan limpia que parece nueva. En realidad, me genera cierta lástima el abandono de las tumbas lindantes, con sus placas desvencijadas y flores marchitas.

En fin, apenas llegué a la tumba de Inés, extraje el trapo junto a la botella llena de agua con detergente de la bolsa, y comencé a limpiar. Debajo de la placa había una botella de plástico cortada a la mitad que servía perfectamente como un improvisado florero. Y, para mi sorpresa, las rosas que

había comprado la semana pasada estaban por demás de secas. Los pétalos, ahora quebradizos, habían adquirido el tan temido color marrón oscuro de la muerte, así que no tuve inconvenientes en reemplazarlas con las flores katarameno. Llegaron a mi mente las palabras de la anciana, de que la flor “muere fácilmente”, pero consideré que eso sólo ocurría en su etapa de crecimiento, ya que las que me dio tenían los colores muy vivos, y no parecían estar próximas a marchitarse.

En fin, tardé varios minutos, pero finalmente el mármol estaba como nuevo, el agua del “florero” recién cambiada, la placa de cobre brillaba, y las flores katarameno, a su manera, también lo hacían. Me quedé allí un tiempo más, rememorando los años dorados de mi matrimonio, “hablando” con Inés, y, finalmente, musité una plegaria antes de persignarme para poder salir en paz.

Debido a que las siete flores estaban un poco apretadas, decidí dejar seis y llevarme la restante a casa. Me había encantado la flor, y su aroma era muy embriagador como para no tener una a disposición siempre que quisiera olerla.

La anciana no estaba al salir, lo que me sorprendió, pero luego colegí que, quizás, se había ido a comprar algo para comer.

A la vuelta, como era mi costumbre, pasé a comprar pan a lo de Marta, y de paso me quedé charlando con ella un poco. En algún momento, la flor (que había colocado en el bolsillo de mi camisa) pasó a ser el centro de la charla. Me preguntó dónde la había comprado y cómo se llamaba. Pude responderle lo primero, pero no así lo segundo, ya que no recordaba su nombre. Ese nombre que ahora está grabado a fuego en mi mente. “Katarameno”. Hay que admitir que no es algo que uno pueda memorizarse a la primera. Es más, me sorprende ser capaz de escribirlo. No sé si va con “C” o con “K”, si debe llevar una “H” en algún lado, o si tiene doble “T” o “M”. Aun así, creo que mi forma de escribirlo es la correcta...

2

Domingo miró el gran reloj que colgaba de la pared. Faltaban pocos minutos para las cuatro de la mañana. En ese momento, comprendió el error que había sido tomar un té de manzanilla. Los párpados comenzaban a pesarle y se sentía enormemente cansado, pero no podía dormirse. No aún. Necesitaba terminar de escribir lo que le había ocurrido. Desconocía qué lo impulsaba a registrar esa crónica de su (posiblemente) último día, mas era algo que sentía casi como una obligación.

Se levantó para estirar sus miembros cansados y aprovechó para acercarse al fregadero. Junto a éste descansaba la carta que le había escrito a su hijo, la cual estaba doblada prolijamente por la mitad. La desdobló y la releyó con ojos entrecerrados. No era muy larga, pero creyó que había plasmado en ella todo lo que deseaba decirle. En su relación, a pesar de ser padre e hijo, nunca había predominado el cariño. Convino que, si bien había sido un poco duro cuando él era pequeño, no había sido un padre distante. No tenía excusas, pero desde siempre supo que no tenía madera de padre. *Nadie la tiene* –se consoló–. *Al menos, puedo morir tranquilo sabiendo que hice lo que pude...*

Volvió a dejar la carta en su lugar y, nuevamente, clavó la vista en la flor katarameno, la cual parecía estar devolviéndole la mirada. Extrañamente, le dio la impresión que sus colores se habían apagado un poco, y recordó una vez más las palabras de la anciana. *Mueren muy fácilmente...* Se acercó entonces para olerla, y su nariz, que otrora había percibido las dulces notas similares a la vainilla, ahora se había llenado de un olor tan pútrido que le generó arcadas. Tosió, escupió, y poco le faltó para vomitar.

Arrastró el dorso de la mano por su barbilla, que se había cubierto de pegajosa saliva, y volvió a sentarse frente a la nota incompleta, sin dejar de mirar a la flor, o más precisamente, su tallo, el cual estaba achatado en algunas partes, producto de lo que había ocurrido unas cuantas horas atrás, esa misma tarde.

Levantó la vista para clavarla en sus pétalos. *Es tan... misteriosa.* Sus colores, su inexplicable cambio de aroma. Parecía tener vida propia, siendo ése el motivo por el cual tanto su aspecto como su olor dependían de cómo se sintiera la flor.

Domingo sacudió la cabeza y ahogó un bostezo. *Es ridículo* –concluyó, sujetando nuevamente el bolígrafo–. *Tengo que terminar de escribir.*

B

Volví a mi casa cerca del mediodía. Me saqué la flor del bolsillo, preparé un florero de plástico y la coloqué allí.

Comencé a preparar el almuerzo, aunque no tenía mucho para hacer. Simplemente puse a calentar la olla con sopa que me había sobrado de la noche anterior. Saqué del refrigerador un trozo endurecido de queso y, cuando me disponía a rallarlo, noté que un pequeño bulto había aparecido en el centro de mi mano.

Era extraño, porque, aunque era evidente que se había formado por el pinchazo de hoy a la mañana, no experimenté dolor alguno. Presioné el bulto, el cual era duro, y lo rasqué, pero no sentí nada fuera de lo normal. Deduje entonces que la espina no sólo había atravesado mi carne, sino que se había enterrado tanto, que no podía llegar a ella sólo con mis dedos.

Mientras se calentaba la sopa, me senté junto a la mesa, aguja en mano, y comencé a escarbar en mi palma. Estuve así un largo rato, y abrí una herida de la que salió una considerable cantidad de sangre (apenas unas gotas, pero si se tiene en cuenta que la hice con una aguja, entonces sí es bastante). Sin embargo, fue en vano, puesto que no logré llegar a la espina, así que simplemente me coloqué una bandita en la palma y comencé a comer.

El bulto seguía allí cuando me levanté de la siesta. Me quité la bandita y pude ver que se había formado una costra. Como seguía sin dolerme, le resté importancia y continué con mi día. Hoy tocaba limpiar el desván, el cual estaba (y sigue estando) lleno de cajas y polvo. Lo limpio una vez cada dos semanas, principalmente para evitar que se vuelva un nido de ratas o cucarachas. Ya en su momento me ha tocado fumigar ahí arriba o colocar ratoneras por culpa de mi negligencia.

De cualquier forma, esta vez tuve una excusa perfecta para no limpiarlo. Comencé bien, escoba en mano, moviendo las cajas de un lado a otro y deshaciéndome de las telarañas, cuando un cosquilleo comenzó a invadir mi mano. Y no se detuvo allí, sino que comenzó a expandirse, lentamente, por todo mi brazo. Al principio no le presté atención, ya que lo interpreté como una reacción de mis músculos por realizar una mala fuerza al mover alguna caja demasiado pesada, pero cuando el cosquilleo comenzó a extenderse hacia mi pecho, experimenté un ligero pánico.

Fui a la cocina, bajando con precaución las escaleras, y me serví un vaso de agua. Esperé, sentado junto a la mesa, a que el cosquilleo desapareciera, pero hizo todo lo contrario. De mi pecho se fue a todo el resto de mi cuerpo: piernas, pies, cuello, e inclusive mi cabeza. Temí que ese cosquilleo fuera el aviso de algo peor. El presagio de un paro cardíaco, un ACV, una parálisis, o de alguna enfermedad o accidente que podría poner en riesgo mi vida, o mi integridad física y mental.

Quise levantarme, pero tuve miedo de que mis piernas no me respondieran, así que me quedé allí, esperando.

Debí de estar unos diez minutos, más o menos, cuando sonó el timbre. La verdad, estaba tan preocupado que no deseaba ver a nadie, pero finalmente comprendí que tendría que moverme tarde o temprano. Teniendo extremo cuidado, y utilizando la mesa como soporte, me puse de pie. Mis piernas se habían dormido al estar tanto tiempo estático, así que tuve que esperar un par de minutos a que mi sangre se encargara de despertarlas. La combinación del cosquilleo con el de mis piernas dormidas es difícil de describir, pero no era algo placentero.

Llegué a la puerta al cabo de unos minutos. Espié por la mirilla, y mi sorpresa fue mayúscula al ver del otro lado a la anciana que me vendió las flores en la entrada del cementerio. Estaba ataviada con la misma ropa, y aún tenía la enorme canasta colgada de su brazo.

–Abra, Domingo –dijo, mirando directamente a la mirilla–. Sé que está ahí.

–¿Cómo sabe mi nombre? –inquirí, en extremo sorprendido. No tenía la más mínima intención de abrir la puerta–. ¿¿Cómo sabe que ésta es mi casa!?

–Podré responder a todas sus preguntas. Incluso podré explicarle el extraño cosquilleo que debe estar sintiendo en este momento, pero primero quiero que me deje pasar.

Sinceramente, deseaba que se fuera, pero a su vez también quería saber qué rayos me estaba pasando, así que, muy a mi pesar, tuve que abrirle. La anciana entró, me saludó con un corto cabeceo como había hecho yo con ella en el cementerio, y se sentó junto a la mesa, dejando la canasta encima de ésta.

–Hable –le dije, apenas cerré la puerta–. ¿Cómo hizo para saber quién soy y en dónde vivo?

–Oh, eso fue sencillo. Le vi salir de una panadería cuando volvía para su casa. No tuve que hacer más que seguirlo para saber dónde vivía. Luego, no tuve que hacer más que regresar al cementerio y buscar en cuál tumba estaba las flores katarameno. Era la de una mujer, una tal Inés García...

–Sí, Inés era mi esposa. ¿Pero cómo averiguó mi nombre?

–Eso fue más fácil aun. Verá, en un barrio como éste, hay muchas ancianas, así como yo, que se meten en donde no se las llama. Justamente, una de ellas es una tal Úrsula ¡Qué metiche esa señora! No tuve más que mencionar a la difunta Inés, en paz descanse, y ella comenzó a contarme todo sobre usted. También tiene un hijo que vive en Alemania, ¿no es así?

Recuerdo haber masajeadó mi frente lentamente. A pesar de la siesta que había tomado, me sentía casando, pero no a un nivel físico, sino más bien mental.

–Entonces, diga –le exigí, quizás de forma un poco grosera–. ¿Qué me está pasando? ¿Qué es este... cosquilleo?

–A cada pregunta que me hace, más sencilla es la respuesta –dijo ella, y me pareció que comenzaría a reír, pero la impaciencia que tiznaba mi rostro seguramente le hizo recuperar la serenidad–. Como dije, es sencillo: usted va a morir.

Lo sospechaba, mentiría si dijera que no. O por lo menos, esa posibilidad había cruzado mi mente. Pero aun así, la confirmación de esa anciana me cayó como un mazazo en la nuca. Sentí que me bajaba la presión, y tuve que sentarme en la silla que tenía más cerca para no caer al suelo. Mis costados y mi frente comenzaron a cubrirse con una fina película de sudor.

–¿Cómo que... voy a...? –no pude completar la pregunta.

–Lo que escuchó. La flor katarameno ha sentenciado que usted morirá esta noche.

Me sentí enfermo, como perdido en el medio del mar, sin nada firme a lo cual asirme. ¿Acaso esta anciana me estaba diciendo que una flor que había comprado ese mismo día de mañana había dictado mi sentencia de muerte? ¡Ridículo! Involuntariamente, masajeeé el pequeño bulto de mi palma.

–Ese cosquilleo –continuó la anciana– es el veneno de la flor, el cual se está esparciendo por todo su cuerpo. Es más, a estas alturas ya no debe estar sintiéndolo.

Y así era. En algún punto, luego de que abrí la puerta, el cosquilleo se había detenido. Abrí y cerré las manos, me palmeé las piernas, el pecho y el cuello. No sentí nada fuera de lo normal.

–Es un veneno particular, Domingo. No es uno que hace que se detenga su corazón, o que ataque a los pulmones o el cerebro. No. Este veneno es un poco... diferente. Recorre todo su cuerpo, pero no por la sangre. Verá, si una espina se clava en alguna parte de su cuerpo, ésta escarba hasta tocar un hueso. Y, a partir de allí, se extiende por todo su esqueleto.

Mi cara debió de expresar perfectamente mi incredulidad, porque el rostro de la anciana se suavizó. Parecía compadecerse de mí, pero no por mi funesto destino, sino al ver lo perdido que me encontraba en toda esa situación. Por mi parte, había entrado en un ensimismamiento en el que apenas oía lo que se me decía.

La anciana (de la que nunca supe el nombre, vale la pena aclararlo), al hallarse cerca del florero, extendió su brazo y sujetó la flor katarameno. Se la acercó a la nariz, y la olió suavemente.

–Éstas son plantas especiales, Domingo. *Katarameno* sólo es un sustituto de la palabra “Maldito”. Su verdadero nombre es *Katarameno Louloudi Efchón*, o en español “Flor del Deseo Maldito”. Un poco largo, sí, y poco atrayente, pero acertado.

–Katarameno... –mascullé. Sin saberlo, el nombre se había grabado en mi cerebro.

Para mi sorpresa, encerró sus dedos en torno al tallo, empleando una mayor fuerza de la que yo había hecho esa mañana. Incluso sus huesudos nudillos adquirieron una tonalidad blanquecina, pero no pareció experimentar pinchazo alguno.

–¿Pero cómo...?

–Las plantas saben, Domingo –me respondió sencillamente, volviendo a dejar la flor en su lugar–. Después de todo, son seres vivos como usted y yo. Esta especie siente. Sabe quién la empuña y cuál es su deseo más profundo. Ya le dije que su nombre es poco atrayente, pero acertado. Porque si alguien alberga en su corazón aunque sea el más mínimo deseo de morir, entonces no tiene más que presionar un poco el tallo para que emerjan las espinas. Yo estoy a salvo, simplemente porque no quiero morir. No es mi destino morir por mi propio deseo –contempló su palma por un momento, como si quisiera confirmar que ninguna espina se había adherido a ella–. Verá, usted ya recibió el pinchazo, y la espina ya diseminó el veneno por todo su cuerpo. Ahora, lo único que resta, es que se duerma.

–¿Cómo? –esto último terminó de sacarme de mi ensimismamiento.

–¡Oh, qué tonta! –al decir esto, su semblante pareció volverse risueño. Si puedo ser sincero en ésta, mi última carta, sentí enormes deseos de golpearla, a pesar de su constitución tan débil–. No le dije lo más importante de cuándo morirá. Verá, el veneno de esta planta se activa cuando detecta que sus músculos se han relajado. Por eso, apenas se duerma y entre en un sueño profundo, usted simplemente dejará de existir. Se puede decir que, aunque le quite la vida, lo hace de una manera muy piadosa...

Ya había oído suficiente. Me sentí enfermo, como si tuviera náuseas. Me puse de pie y zanjé la distancia que me separaba de la anciana en dos pasos largos:

–Fuera –le dije taxativamente. Esta vez tuve la intención de sonar lo más grosero posible.

Me miró como si no entendiera. Amagó a responder, pero la severidad de mi semblante debió poner de manifiesto mis pensamientos. Me pregunto si habrá notado las enormes ganas que tenía de golpearla, pero no por estar enojado con ella. Ahora comprendo que mis deseos de darle aunque sea una bofetada se debían a lo perdido que estaba. No estaba enojado con ella, aunque era la responsable de colocarme en tan compleja situación con esas malditas flores. No. Ese enojo no era más que el reflejo de la impotencia que sentía.

Sin rechistar, se puso de pie, agarró su canasta y enfiló hacia la salida. Yo la seguí pisándole los talones, le abrí, y le cerré la puerta casi sin darle tiempo a cruzarla completamente. Cuando eché la llave, oí que me decía con una voz apagada:

– No intente nada raro, Domingo. Su destino ya está sellado.

Estuve a punto de darle una patada a la puerta, pero logré contenerme, sabiendo que no sólo sería algo irresponsable, sino también una estupidez. Regresé a la cocina, tratando de poner en orden mis pensamientos.

Me quedé sentado junto a la mesa de la cocina por varias horas, totalmente estático. Miles de ideas y recuerdos cruzaban por mi mente. Pensaba en Inés, las flores, mi muerte, mi hijo, entre otras cosas. Sólo reaccioné a eso de las nueve de la noche, cuando comencé a sentir algo de hambre, la cual pude paliar con un poco de pan con mantequilla y mermelada.

Continué con mi ensimismamiento hasta, más o menos, las diez. Allí fue cuando me convencí de que debía dejarle una nota de despedida al mundo, si es que esta noche es, efectivamente, la última de mi vida. No sabía qué volcaría en ella, pero convine que las ideas llegarían solas.

Antes de esta nota, decidí escribir una carta aparte para mi hijo. Una carta que me tomó poco más de una hora, pero que ya está terminada. No detallaré aquí lo que pone. No lo considero correcto.

Y, finalmente, llegamos a este punto, con lo que estoy escribiendo en este momento. Esto que usted (o ustedes, lo desconozco) está leyendo ahora mismo.

El reloj de la pared me dice que ya pasaron varios minutos de las cuatro y media de la mañana. Los párpados me pesan y apenas puedo pensar con claridad. Es más, no sé si lograré llegar a la cama cuando termine de escribir. Desconozco si de verdad moriré. Así lo siento y de eso me convencí, pero tranquilamente puedo estar equivocado. Y si muero, ¿qué pierde el mundo? Un jubilado solitario. ¿Y el barrio? Eso depende. Marta perderá a un cliente. Úrsula perderá a una fuente de charla. Mario, el del club (de quien no hablé en este escrito), perderá a un compañero para jugar a las cartas. En fin, lamento no haber podido darles espacio en mi última carta a todas las personas que se lo merecen. Si, en algún descuido mío, injurié, perjudiqué u ofendí a alguien, le pido sinceras disculpas. Lamento no poder despedirme apropiadamente de cada uno, pero sepa todo aquel que lea esta carta, que no me arrepiento de nada.

O sí. Quizás, como una nota aparte, puede decirse que me arrepiento de no haber sido tan cercano con mi hijo. Pero muero tranquilo sabiendo que hice todo lo que consideré correcto como padre, y que él es un hombre hecho y derecho. Sin importar lo que él haga con su vida, sé que me hará sentir orgulloso, aunque yo ya no me encuentre en este mundo.

Mis últimas palabras en esta carta son para Inés, el eterno amor de mi vida. Espero poder encontrarla en el otro lado...

3

Todo el desbarajuste que se produjo al día siguiente comenzó por un comentario de Marta a Doña Úrsula.

Esta última había entrado, como era la costumbre, casi a las once y media de la mañana en la panadería, hora en la cual el flujo de clientes no era muy abundante. Doña Úrsula se aprovechaba de eso, y durante una media hora casi ininterrumpida le soltaba un soliloquio interminable a la pobre panadera, quien simplemente se limitaba a asentir y levantar las cejas con expresión de incredulidad, dependiendo de qué estuviera hablando la anciana en ese momento. Y uno de los temas abordados fue el de la extraña señora con la canasta de flores, la cual le había preguntado por Inés.

—Ahora que lo dice —interrumpió Marta, intentando darle algo de descanso a sus agobiados oídos—, Domingo no apareció todavía. Siempre viene a eso de las once y cuarto, más o menos, para comprar algo de pan o bizcochos.

La simple mención de la ausencia de Domingo bastó para que Doña Úrsula se pusiera en un estado de alerta, ya que ella cayó en cuenta de que tampoco lo había visto en el transcurso de la mañana.

Se despidió abruptamente de Marta y salió a la calle con tanta rapidez que la panadera no alcanzó a retribuirle la despedida.

Dona Úrsula comenzó a preguntar alrededor del barrio, tratando de averiguar si alguien había visto a Domingo salir de su casa. Todos le respondieron negativamente. Más de uno le repreguntó, inquiriendo con genuina preocupación si todo estaba bien, a lo que Úrsula respondía con un escueto “No sé”.

Todo terminó con la congregación de algunos vecinos frente a la casa de Domingo. A pesar de los incontables golpes a la puerta, los innumerables aplausos, los segundos eternos que duraban los toques al timbre y la cacofonía de gritos y llamados, nada ocurrió.

Al final, la noticia se esparció como el polvo por el barrio, por lo que terminó por acudir la policía. Varios agentes de una comisaría cercana, por la cual Domingo pasaba de vez en cuando, habían acudido, portando una especie de ariete (que recibía ese nombre por la función que cumplía, no por tener alguna semejanza con un verdadero ariete). Les tomó un par de golpes, pero lograron hacer ceder la cerradura.

Primero entraron los agentes. Luego, más tímidamente, unos pocos integrantes del grupo vecinal. La mayoría de los que allí estaban, sin embargo, se quedó en la acera, estirando el cuello como las suricatas, intentando atisbar lo que ocurría dentro.

Lo único que encontraron, además de varios papeles escritos, un bolígrafo azul de trazo fino, y una taza de té vacía, era una montaña de verde y mullido césped junto a la mesa de la cocina, cubierto de pequeñas flores de varios colores. El césped parecía tener sus raíces directamente sobre huesos humanos, los cuales estaban totalmente desprovistos de cualquier vestigio de carne.

Hallaron eso, y una flor marchita en el centro de la mesa.

Comentarios

Por: Gentleman 

Originalmente, este cuento (bajo el mismo título) lo escribí hace años, y sólo ocupaba una página y media. El protagonista no tenía nombre, no existían las flores katarameno, y en general el título quedaba más fuera de lugar que en este cuento. Aun así, la falta de información (curiosamente, el pueblo sí tenía nombre) dotaba al cuento, en mi opinión, de un atractivo particular.

Todo eso se perdió al tener que expandirlo a un mínimo de cinco páginas (que al final terminaron siendo nueve, u ocho y unos pocos renglones, si hilamos un poco más fino). Doté al protagonista de una identidad, establecí un origen claro para su misterioso deceso, agregué a más personajes, entre otros cambios. Básicamente, lo único que comparte el cuento que había escrito originalmente con éste, es el bulto en la palma de la mano y que una misteriosa mata de césped crecía de los huesos del protagonista, asesinándolo de manera “piadosa”.

Puede que no sea uno de mis mejores cuentos (o sí, no lo sé), pero como escribí en el chan, esto se hace más difícil con cada mes que pasa.

-
Barajé algunos nombres para el cuento, y estos tenían algo que ver con el contenido del mismo, pero finalmente, a modo de “homenaje”, decidí dejar su título original, a pesar de no dar indicio realmente de lo que se tratará el cuento (o sí, en cierto modo).

-
Al principio, cuando buscaba un motivo para justificar que el veneno se active al dormir, lo había relacionado con la actividad cardiaca, mencionando que la irrigación sanguínea constante mantenía el veneno a raya. Pero me di cuenta de que era un motivo un poco agarrado de los pelos, así que me basé simplemente en el estado de los músculos, lo cual a la larga me pareció más lógico. Y aunque ofrecí una escueta explicación de por qué el veneno se activaba al dormir, quisiera explayarlo un poco más aquí: al estar las semillas del veneno “plantadas” en los huesos, necesitarían atravesar el músculo y la piel para emerger al exterior, y por eso se aprovechan del sueño, momento en el cual, involuntariamente, los músculos se relajan, volviéndose más “blandos”. Asimismo, para responder a la pregunta “¿Y entonces cómo hizo la espina para atravesar la mano?”, diré que no se puede comparar la cantidad de carne que hay entre la piel que recubre la palma de la mano y el hueso con la que hay en otras zonas del cuerpo, como los muslos y los brazos, por ejemplo.

-
No realicé una descripción completa de la flor porque quien escribía la nota era Domingo, y no me parecía plausible que éste tuviera un conocimiento tan detallado de las partes de una flor. Así que si a algún negro (de los tres o cuatro que leerá esto) le interesa, acá dejo una descripción un poco más profunda.

Aunque la disposición de los pétalos es similar a los del clavel, estos son un poco más redondeados, y los colores no tienen por qué limitarse a cada pétalo. Por consiguiente, un mismo pétalo puede tener dos, o hasta tres colores.

El gineceo emerge de su centro. Carecen de óvulo, teniendo en su lugar unas glándulas que son las encargadas de producir su particular aroma, el cual puede variar dependiendo de numerosos factores no identificados. El estilo es largo y fino, como un delgado tubo, mientras que el estigma tiene la forma de un embudo, del cual expide su olor.

Estas flores carecen de antera, ya que no producen polen.

Su tallo está constituido por una pared fibrosa que alberga minúsculas espinas, las cuales están retrotraídas, haciendo a la flor inofensiva hasta que ésta decida esgrimirlas para pinchar a una potencial víctima. Aunque la anciana lo describió como “un veneno”, ésta es la verdadera forma en la que la flor se reproduce.

La flor puede mantenerse viva hasta por veinte días (una vez cortada). Sin embargo, si logra que una espina entre en el cuerpo de la víctima, la flor se marchitará apenas el “veneno” haya surtido efecto. (Sí, la flor que tenía Domingo sobre la mesa era la que lo pinchó. ¿Qué coincidencia, no lo cree?). No es venenosa al ingerirla, pero su sabor es asqueroso, casi vomitivo.

-

Como siempre, pido disculpas ante cualquier error ortográfico que se me haya pasado por alto.